

¡ADIÓS, MÉXICO, QUE TE QUEDAS SIN GENTE! LAS NOVELAS HISTÓRICAS Y SU VISIÓN DE LA “REPÚBLICA ERRANTE”

Rogelio Jiménez Marce*

U nos meses después de la caída del Imperio de Maximiliano, se comenzaron a publicar, tanto en México como en el extranjero, libros, alocuciones, memorias, cartas y documentos que no sólo buscaban explicar las razones por las que había fracasado la empresa imperial del archiduque austriaco, sino que también enfatizaban los esfuerzos que realizó el “pueblo mexicano” para mantener incólumne su independencia. Entre estos primeros escritos se encuentran dos novelas: *El Cerro de las Campanas* de Juan A. Mateos y *Calvario y Tabor* de Vicente Riva Palacio, mismas que tienen la particularidad de haber sido publicadas en los primeros meses de 1868 y constituyen un primer esfuerzo para construir una visión histórica, desde una perspectiva novelada, de los acontecimientos recientes. Un año después, Mateos publicaría una segunda novela, *El sol de mayo*, que presentaba su interpretación de los eventos que provocaron la Intervención Francesa. Otros escritores también se sumaron a la construcción de la memoria histórica de la denominada “segunda guerra de independencia”, misma que privilegiaba la narración de ciertos eventos con la intención de inspirar sentimientos patrióticos entre las masas:

* Catedrático del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la BUAP.

la acción de las cumbres de Acultzingo, la batalla del 5 de mayo, el sitio de Puebla de 1863, la batalla de San Lorenzo, la salida de Benito Juárez de la capital de la República, su arribo a Monterrey, su travesía por el desierto, su estancia en Paso del Norte, el sitio de Querétaro, la ocupación de las ciudades de Puebla y México por el Ejército Republicano y el retorno del presidente a la capital.¹ Esta versión heroica de la historia liberal contribuía a simplificar una lucha que, en palabras de Érika Pani, fue “compleja, ardua y desigual”.² Es de destacar que el periplo de Juárez, tras su salida de la Ciudad de México, se convirtió en un asunto central de las narraciones, tanto de carácter literario como histórico, pues se decía que con su acción había logrado preservar la legitimidad de su gobierno, tarea que no abandonó pese a las dificultades que enfrentó en su larga travesía por el norte del país.

En este trabajo se buscará entender la manera en que se representó este hecho en la literatura, motivo por el que se analizarán dos novelas: *El Cerro de las Campanas* de Juan A. Mateos y *La Intervención y el Imperio* de Victoriano Salado Álvarez. Como las dos novelas se escribieron en momentos distintos —una se publicó al finalizar la guerra y la otra durante los últimos años del Porfiriato—, tanto sus estrategias narrativas como sus objetivos fueron diferenciados. Sin embargo, las dos buscaron encumbrar el evento y a los personajes que participaron, que defendieron a la República. El trabajo se divide en tres partes: en la primera, se presenta una breve revisión del papel que los escritores mexicanos decimonónicos otorgaban a la novela como forma de pedagogía nacionalista; mientras que la segunda y la tercera centran su atención en los aspectos sobresalientes de las novelas de Mateos y Salado Álvarez con la intención de entender la manera en la que cada uno construyó

¹ Véase *Las glorias nacionales. Álbum de la guerra*, pp. 5 y ss; José María Iglesias, *Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa en México*, p. 420.

² Érika Pani, *Una serie de admirables acontecimientos*, p. 178.

sus argumentos literarios e históricos en torno a la peregrinación de Juárez al norte del país.

HISTORIA Y NOVELA

Las dos novelas mencionadas pertenecen a momentos literarios distintos: el primer y segundo romanticismo. Diversos autores han mencionado que la tradición novelística mexicana alcanzó preeminencia a mediados del siglo XIX, bajo el influjo de la corriente romántica.³ En el primer nacionalismo se buscó establecer un estrecho vínculo entre las historias literarias y el nacionalismo político.⁴ Entre sus principios se encontraba el estudio del ambiente nacional, el deseo de constituir una literatura de carácter nacional y la necesidad de difundir entre la población el amor a la nación. Bajo estas premisas, Ignacio Manuel Altamirano proponía que la literatura se convirtiera en un instrumento de difusión de los valores cívicos en el pueblo, papel que, en específico, debía cumplir la novela que constituía el “género de literatura más cultivado en el siglo XIX”, mismo que permitía “hacer descender a las masas doctrina y opiniones que de otro modo habría sido difícil hacer que aceptasen”. Como las novelas tenían “una intención profusamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas”, debía buscarse que éstas centraran su atención en los hechos históricos y en los estudios morales, políticos y sociales. Desde la perspectiva de Altamirano, la novela se convertía en un medio para sustituir a la oratoria en la predicación del amor a la patria, a la poesía épica en la eternización de los hechos gloriosos de los héroes y a la poesía satírica en la erradicación de los vicios y la defensa de la moral. En este sentido, la novela se convertía en un medio para lograr el progreso intelectual y moral de los pueblos modernos, pues en sus páginas se podían transmitir

³ John Brushwood, *México en su novela*, p. 261; Sara Sefchovich, *México: país de ideas, país de novelas*, p. 55; Alejandro Cortázar, *Reforma, novela y nación*, p. 34; Jorge Ruedas, “Presentación”, p. 11.

⁴ Beatriz González, *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional*, p. 118.

diversas doctrinas sociales así como principios de regeneración moral y política.⁵

Altamirano no dudaba en definir a la novela como el “libro de las masas”, pues permitía la transmisión de los principios que sustentaban el amor a la patria, la belleza, las artes y la eternización de los hechos gloriosos. Aunque algunos autores alegan que la novela mexicana decimonónica no representaba una literatura de vanguardia estética, es decir no propone ninguna novedad en la estructura literaria, sino que más bien respondía a las circunstancias derivadas de la incertidumbre sociopolítica y cultural de la nación mexicana,⁶ lo cierto es que, según Jorge Ruedas, la actividad literaria estuvo acompañada de una amplia reflexión, la cual buscaba resaltar su utilidad e importancia para mejorar a la sociedad, depurar las costumbres, robustecer la moral pública, reafirmar la identidad y fortalecer la conciencia nacional. Para los escritores decimonónicos, la creación de una literatura nacional se convirtió en un proyecto de particular importancia por tres razones: debía convertirse en una expresión fiel de la nacionalidad, debía constituirse en un elemento activo de integración cultural y debía reivindicar a México de la acusación de barbarie realizada por los europeos. La constitución de una literatura nacional no era una idea original de Altamirano, pues ya la habían postulado escritores como José María Lafragua, Luis de la Rosa, Francisco Zarco, entre otros, pero lo que lo diferenciaba de los demás era su propuesta de crear un programa coherente, a través de las páginas del periódico *El Renacimiento*, que le diera originalidad a la literatura, a fin de que, a través del culto a las tradiciones y a los héroes, se contribuyera a la creación de una conciencia cívica.

⁵ Ignacio Manuel Altamirano, *Escritos de Literatura y Arte*, pp. 39-40; Alejandro Cortázar, *op. cit.*, p. 74; Emmanuel Carballo, *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*, pp. 61-62.

⁶ Ignacio Manuel Altamirano, *op. cit.*, pp. 48, 56; Alejandro Cortázar, *op. cit.*, p. 36; Jorge Ruedas, *op. cit.*, p. 14; Rosaura Hernández, “Ignacio Manuel Altamirano, crítico literario”, pp. 96, 98. Altamirano estaba convencido de que la literatura debía apoyar el proyecto político.

Altamirano estaba convencido de que las letras, las artes y las ciencias debían tomar sus temáticas de la realidad mexicana, esto es, convertirse en la expresión real de México y en elementos activos de integración nacional. Así, la literatura debía apartarse de la imitación de los modelos extranjeros que le quitaban originalidad a las producciones y buscar la inspiración en la historia, la naturaleza y las costumbres del pueblo. No obstante, el escritor pensaba que no se debía encerrar a la literatura nacional en el “estrecho mundo de sus peculiaridades”, sino que debía convencer de la “validez universal de lo que les era propio”. Juan A. Mateos puede considerarse uno de los principales exponentes de esta primera generación romántica, en tanto que Victoriano Salado Álvarez pertenecía a la segunda generación (1882-1915); mismas que se encontraban en pugna con los autores de novelas modernistas, debido a que a éstos no les preocupaba forjar una conciencia nacional ni apoyar a los liberales, sino que buscaban encontrar alternativas literarias que les permitieran sustituir al realismo costumbrista y al naturalismo positivista. En cambio, los novelistas de la segunda generación vindicaban, al igual que sus antecesores, la necesidad de transmitir sentimientos nacionalistas a los lectores por medio de la novela, aunque éstos, a diferencia de los primeros, tenían estrategias narrativas que integraban lo histórico y lo literario de manera más coherente. Mateos y Salado constituyen dos ejemplos de la forma en que lo literario y lo histórico interactuaban en los novelistas de las dos generaciones, tal como se verá a continuación.

EL CERRO DE LAS CAMPANAS DE JUAN A. MATEOS O EL ENSALZAMIENTO DE LOS MILITARES

Juan A. Mateos nació en la Ciudad de México el 24 de junio de 1831 y murió en la misma en 1913. Hijo de Remigio Mateos, un soldado insurgente, y de María Lozada. Estaba emparentado con Francisco Zarco y con Ignacio Ramírez, quien

era su cuñado. Comenzó sus estudios en el Colegio de San Gregorio pero tras la ocupación norteamericana, su familia decidió trasladarse a Toluca, en donde continuó con sus estudios en el Instituto Literario del Estado de México. En 1853 regresó a la Ciudad de México en donde se inscribió en el Colegio de Letrán para cursar estudios de jurisprudencia, mismos que interrumpió tras la Revolución de Ayutla. El golpe de Estado de Ignacio Comonfort provocó su participación en diversas acciones militares bajo la bandera liberal, pero tuvo la desventura de perder a su hermano Manuel, fusilado en Tacubaya el 11 de abril de 1859, por órdenes de Leonardo Márquez, experiencia de la que dejara constancia en sus novelas históricas. Autor de obras como *El sol de mayo*, *Sacerdote y caudillo*, *Los insurgentes*, *Sor Angélica*, *Los dramas de México*, *El Cerro de las Campanas* y *La majestad caída*, así como de dramas y comedias entre los que sobresalen *Odio hereditario*, *La politicomanía*, *La hija del cantero*, *La catarata del Niágara*, *Martín el demente*, *Borrascas de un sobretodo*, *La muerte de Lincoln*, *El novio oficial*, *El plagio*, *El otro*, *Los grandes tahúres*, *La monja alférez*, *La rubia y la morena* y *El ave negra*. A principios de la década de 1860, hizo mancuerna con Vicente Riva Palacio, misma que rindió notables frutos entre los que se contaban diversas obras de teatro y la colección de narraciones denominada *El libro rojo*.⁷

Pedro Santacilia afirmaba que la producción literaria de Mateos, al igual que la de Vicente Riva Palacio se podían considerar “joyas valiosas de la literatura nacional”, aseveración con la que no estaba de acuerdo Carlos González Peña, quien catalogó a Juan como una “figura de menor importancia”. Si bien era cierto que había sido un escritor pródigo, no se podía ocultar que carecía de estilo, aunque el crítico concedía que sus novelas podían tener cierto “valor histórico” por la documentación que incorporó, opinión que también compartía Juan Barragán que consideraba que en sus obras se podían

⁷ María Teresa Solorzano, “Juan Antonio Mateos”, pp. 333-338; Clementina Díaz, “Prólogo”, pp. x-xi, xxix-xxx, xxxviii.

encontrar “datos precisos y detallados de situaciones que no figuran en los libros históricos”.⁸ La novela de nuestro interés, *El Cerro de las Campanas. Memorias de un guerrillero*, se publicó por entregas de 32 páginas en el periódico *El Siglo Diez y Nueve*, que iniciaron el 3 de enero y culminaron en julio de 1868. Es de destacar que en un tiempo relativamente corto (cinco meses) no sólo logró escribir una novela de más de trescientas páginas, sino que también consiguió su edición. Clementina Díaz menciona que la primera edición constaba de mil ejemplares y como se agotó con rapidez, se realizó una segunda edición aunque no tenemos noticias respecto de su tiraje.⁹ La aparición de esta novela fue celebrada por periódicos como *El Siglo Diez y Nueve*, *El Monitor Republicano* y *La Orquesta*. Aunque Mateos no especificaba las razones que lo llevaron a escribir su novela, es decir si fue por encargo o por iniciativa propia, lo que resulta evidente es que tenía la intención de dejar memoria de un acontecimiento crucial de la historia inmediata de México, además de que con ello buscaba reivindicar su propia figura, pues no se olvidaba su participación en el Ayuntamiento de la Ciudad de México durante el Imperio de Maximiliano.

Como toda novela histórica, tiene dos tramas: una propiamente literaria y una histórica, que se entrelazan en algunos momentos, pero que en lo general se desarrollan de manera separada. La finalidad última de la novela de Mateos era demostrar la legitimidad de la lucha en contra de la invasión francesa y del Imperio de Maximiliano, pero también construir un sentimiento patriótico entre sus lectores. Para facilitar la lectura de su novela, el autor recurrió a una estrategia humorística

⁸ Margarita Alegría, “El florecimiento de las letras y la consolidación nacional: Del movimiento literario en México de Pedro Santacilia”, p. 83; Carlos González, pp. 227, 231; José Barragán, “Estudio”, p. 23.

⁹ Ignacio Manuel Altamirano, *op. cit.*, p. 70; Clementina Díaz, *op. cit.*, pp. XLV-XLVI. Altamirano no mencionaba el tiraje de la obra, aunque hizo énfasis en que se había sobrepasado el número de suscriptores previstos por el autor.

para asuntos como la descripción de los conservadores, pero a la vez recurrió a una historia de amor, asunto que se convirtió en una pieza fundamental de la narrativa, para atrapar a sus lectores. La novela se divide en dos partes: la primera trata de la salida de Juárez hasta su llegada a Paso del Norte y la segunda del establecimiento del Imperio de Maximiliano hasta su derrota. Es importante mencionar que unos meses después Mateos publicó su segunda novela, *El sol de mayo*, que se ocupaba de los acontecimientos que provocaron la Intervención Francesa y que concluía con el sitio de Puebla de 1863. Con esta acción, el escritor buscaba construir una interpretación novelada del pasado inmediato y con ello darle legitimidad al grupo liberal que había logrado el restablecimiento de la “independencia nacional”. Aunque Mateos fue un autor que alcanzó una gran popularidad en su momento, lo cierto es que *El Cerro de las Campanas* tenía una estructura bastante sencilla y tendía a caer en la exageración, motivo por el que no debe sorprender que Altamirano la calificara como una obra que “no tiene pretensiones de ninguna clase; es una lectura popular y nada más”.¹⁰ Lo contrario sucedió con su segunda novela que tenía una mejor construcción narrativa y las escenas, sobre todo de las acciones militares, resultaban, en algunos casos, de gran dramatismo.

La trama literaria

Mateos comenzó su narración el 31 de mayo de 1863, día en el que el presidente Benito Juárez tomó la determinación de abandonar la Ciudad de México por carecer de las condiciones para defenderla, situación que ocasionó el “sufrimiento” de los habitantes de la capital por la partida de su “gobierno legítimo”. Al hacer énfasis en este hecho, el autor buscaba convencer a sus lectores que cualquier otro gobierno, por antonomasia, era ilegítimo, tal como se podía comprobar en el hecho de que

¹⁰ Ignacio Manuel Altamirano, *op. cit.*, p. 72.

la urbe era abandonada por “multitud de jinetes” que “atravesaban a escape por las calles, el comercio estaba cerrado, y en cada casa pasaba un drama de familia”, tal como acontecía con el coronel Eduardo Fernández que, de acuerdo con el escritor, dejaba sola a su “madre anciana” para pelear por la bandera republicana. Con la intención de darle mayor dramatismo a la historia, Mateos indicaba que Eduardo estaba enamorado de Clara de Fajardo, quien era hija de una pareja de conservadores que estaban muy comprometidos con el proyecto de establecer una monarquía en México. La melosa historia de amor de Clara y Eduardo constituye el eje central de la narración, de tal modo que lo literario determina los acontecimientos históricos, mismos que, en este caso, funcionan como una tela de fondo. La prioridad que se le otorgó a lo literario permitió que el autor tuviera ciertas licencias como se puede observar en la descripción de los padres de Clara, a quienes caricaturizaba para demostrar que los conservadores pertenecían al pasado, tal como se podía observar en su forma de vestir, en su comportamiento y en sus ideas políticas.

En su descripción de los personajes, el autor apelaba a la belleza para tratar de demostrar las virtudes de sus personajes. Así, Clara representaba el ideal femenino en virtud de que tenía unos “ojos color de cielo con unas largas pestañas, una nariz gruesa, el óvalo de la cara perfecto, la boca pequeña y encarnada como un botón de rosa, el cabello rubio, el seno mórbido y la cintura de abeja”. A su belleza física se agregaba un “alma desinteresada”. En contraste, su madre, Canuta, era una “vieja enjuta” con una larga nariz y su padre, Modesto, era “erguido como un ganso disecado” y de “nariz arremangada”. Ellos carecían de convicciones y estaban dispuestos a venderse al mejor postor, tal como sucedió con Modesto, que fue beneficiario de los negocios Jecker y apelaba a los privilegios como una forma de denostar las ideas liberales. En diversas ocasiones, Mateos apeló a las ideas “retrógradas” de Modesto para mostrar que los conservadores eran unas “momias de

museo” que querían “preservar las costumbres del antiguo régimen”. Bajo estos supuestos, no debe extrañar que de Fajardo criticara la “demagogia” que planteaba el sistema republicano, mismo que, según él, desapareció con la salida de “Juárez y su comparsa”. Advertía que era una cuestión de “alta política” el acabar con los liberales, pues sus “ideas corruptoras” podían extraviar la opinión del pueblo y con ello se corría el riesgo de caer en el “abismo de la revolución francesa”. En este sentido, la “resurrección de la monarquía” resultaba de vital importancia para destruir el “igualitarismo”, pues nunca debió romperse la barrera entre los conservadores y el “populacho”.

Para de Fajardo, la “bonita igualdad” sólo sería posible cuando “todos fuésemos sombrereros” y afirmaba que “igualdad, fraternidad, libertad” eran “palabrotas sin sentido” y “frases infladas”, mismas que no podían encontrar eco en un “pueblo como el nuestro” que sólo servía para ser gobernado, pues nunca se observaría que los mexicanos se reunieran en las plazas públicas para deliberar sobre asuntos públicos. Como Modesto creía que “la libertad es el cáncer del mundo”, apelaba a que se retornara a la monarquía. Para acentuar la imagen caricaturesca de los de Fajardo, el autor apelaba a que no sólo carecían de modales y de educación, sino que buscaban imitar lo francés como sucedió cuando Modesto propuso cambiarse su apellido (de Fajardo a Fajardoit), cuando buscó que se le asignara el alojamiento de algunos oficiales franceses, aunque la primera elección resultó de graves consecuencias; o cuando trató de que su hija se enamorara de algún oficial francés, pretensión que encontraría el total rechazo de su hija que, como se mencionó antes, estaba enamorada de un oficial republicano. La admiración llegaba al punto que se decía que “todo lo que se hace en Francia o por un francés, es lógico”, razón que explicaría el porqué los personajes incurrían en diversos actos ridículos que buscaban ganarse la gracia de los invasores. Ejemplo de lo anterior fue el fracasado intento de Fajardo de crear una fuerza armada que patrullara la ciudad, mientras los

franceses tomaban posesión de ella, y que no funcionó debido a que era “fuerza armada que por el momento está desarmada”. El protagonismo otorgado a la familia Fajardo se reflejaba en la participación de Modesto en la Junta de Notables que decidiría la forma de gobierno.

Antes de conocerse la decisión de establecer la monarquía, los Fajardo habían buscado comprar un título nobiliario para estar a la altura de las circunstancias. Cuando los monarcas austriacos llegaron al país, Canuta promovió la organización de un baile en su honor y aunque buscó convertirse en dama de honor de Carlota, al final este nombramiento recayó en su hija que aceptó pese a que no estaba de acuerdo con esa forma de gobierno. Mateos introdujo a Clara en el palacio imperial para enfatizar que si bien era cierto que se había establecido una monarquía, la mayor parte de la población, en este caso representado por la protagonista, no lo apoyaba debido a que se le identificaba con la tiranía y lo retrógrado. Aunque se podría pensar que Mateos consideraba que los conservadores eran los villanos de la historia, lo cierto es que este papel recayó en los diplomáticos y en los soldados franceses. Dubois de Saligny se presentaba como el modelo del diplomático que buscaba obtener beneficios a cualquier costo y sin importarle las consecuencias de sus acciones, motivo por el cual no debe extrañar que se le concibiera como el principal causante de la Intervención Francesa. Por otra parte, el coronel De Potier representaba el ejemplo del militar que imponía su ley gracias a la fuerza de las armas. Este hombre era el encargado de las cortes marciales y sus sentencias que, a decir del escritor, siempre consistían en los azotes o en el fusilamiento de los sospechosos, lo cual generaba sentimientos de intranquilidad en una población que no sentía el apoyo de los militares franceses, mismos que, cuando se podía, buscaban abusar de su posición. Tal fue el caso del alférez Poleón que exigió ciertas condiciones para hospedarse en la casa de Fajardo, quien no las cumplió y por lo mismo tuvo que pagarle la cuenta del

hotel. Fajardo intentó protestar ante De Potier, pero éste lo condenó a recibir cierto número de azotes, castigo del que se salvó tras aclararse la confusión.

Mientras los franceses encarnaban a los malvados de la historia, los soldados republicanos simbolizaban a los héroes que lucharon denodadamente por la “independencia nacional”, tal como fue el caso del coronel Eduardo Fernández y del capitán Pablo Martínez, quienes representaban el prototipo de los guerrilleros que defendían a la República, misma que consideraban como la forma de gobierno más adecuada para México. Ellos se destacaban por ser hombres comprometidos con la causa liberal y contrarios a todo aquello que oliera a retrógrado. Ellos vindicaban el hecho de ser mexicanos, por lo que aborrecían a “esas personas que tienen culto por todo lo extranjero”, sin darse cuenta de que “cualquiera de mis paisanos” era “superior a todos los franceses”. No les importaba padecer hambre o dormir en un “sitio infernal”, mientras esos padecimientos sirvieran para “defender a la patria”. A pesar de las derrotas y de la falta de armamento, ellos continuaron en la brega debido a que creían en un ideal: la libertad de un país que había sido hollado por la planta del extranjero. Así, los defensores de la República no actuaban por un deseo de venganza o de asesinato, sino que ellos eran “soldados de los combates”, es decir, hombres que defendían un principio que los exoneraba de cualquier culpa. Mateos consideraba que los defensores de la patria debían recibir un homenaje, pues el amor a la patria había ocasionado “sacrificios olvidados”, “hechos heroicos” y numerosos “hombres hundidos en el polvo de la tumba en aras de la República”.

La trama histórica

La novela dedicó escasa atención a la narración de los eventos históricos, situación que se podría explicar por el hecho de que la novela de la primera generación romántica otor-

gaba preponderancia a lo literario sobre lo histórico. A lo anterior se debe sumar que los acontecimientos referidos eran conocidos por los lectores, motivo por el que no era necesario describir circunstancias conocidas. El autor sólo incluyó ciertos hechos claves a lo largo del texto, mismos que servían de marcas temporales que permitían entender el contexto literario. Como se mencionó antes, la novela comenzaba con la salida de Juárez de la Ciudad de México, acción que, desde su perspectiva, resultaba necesaria en virtud de que se debía defender la figura presidencial, la cual encarnaba “el pensamiento y la unidad” de los mexicanos. La salida no se podía considerar como una huida, sino que se realizó en orden y con la intención de reorganizar la defensa nacional. Mateos aclaraba que Juárez optó por esta opción, debido a que le había rendido frutos durante la Guerra de Reforma. Si bien es cierto que en el texto se enfatizaba el papel de los militares como los artífices del triunfo sobre la intervención y el Imperio, no olvidaba reivindicar al presidente que, como Moisés, cruzó el desierto para defender la “esperanza”, la “libertad de un pueblo”, “el sentimiento del patriotismo”, la “fe de la revolución” y el “arca de oro” en que se depositaban las “tablas de la Independencia”. Mateos consideraba que la defensa de la República en las “apartadas regiones del Norte” sólo podía ser enarbolada por un personaje como Juárez, quien se mostraba inalterable en las circunstancias más difíciles pero sobre todo su terquedad le había permitido sobrevivir tan dura circunstancia. De hecho, el autor decía que no había visto un “hombre más terco” que el oaxaqueño, pero también un individuo con mucha suerte pues logró librarse de la muerte en varias ocasiones. La valentía de los “soldados de la república” y la terquedad de su presidente serían las claves para lograr el triunfo de la República, hecho que estaba fuera de toda duda pues no se podía cambiar la esencia de la nación.

LA INTERVENCIÓN Y EL IMPERIO
DE VICTORIANO SALADO ÁLVAREZ
O LA VINDICACIÓN DE JUÁREZ

Victoriano Salado nació el 30 de septiembre de 1867 en Teocaltiche, Jalisco. En 1881 ingresó al Liceo de Varones. Al concluir sus estudios, se inscribió en la escuela de medicina, pero unos meses después tomó la decisión de incorporarse a la escuela de leyes. Salado escribió en periódicos como *La República Literaria*, *El Correo de Jalisco*, *Flor de Lis*, *Juan Panadero*, *El Diario de Jalisco* y *El Imparcial*. En 1899, Rafael Reyes Spíndola, director de *El Imparcial*, lo instó a cambiar su residencia a la capital del país pero no aceptó en ese momento. Ese año publicó su primer libro llamado *De mi cosecha*, texto que causó controversia por las opiniones que el autor vertió respecto al decadentismo. En 1900 se trasladó a la Ciudad de México y se integró como colaborador de *El Imparcial*, periódico en el que tuvo una estancia corta. A causa de su precaria situación económica, Salado se acercó a Carlos Díaz Dufío para proponerle la publicación de un texto en el que se relataran “cosas pasadas en tiempos que no habían de volver”, lo cual se haría de acuerdo al modelo propuesto por Benito Pérez Galdos para la historia española. En un principio se planteó el proyecto a Raúl Mille, gerente de la librería de Charles Bouret, quien lo consideró una empresa arriesgada y le propuso comenzar con un ensayo para observar la respuesta. En caso de que fuera favorable, se continuaría con la publicación de más libros. Ante tal situación, Díaz Dufío convenció a Salado para que se entrevistara con el impresor español Santiago Ballescá, quien se mostró interesado pues buscaba establecer puentes entre la literatura española y la mexicana. El editor también buscaba impulsar un nuevo tipo de historias colectivas, pues consideraba que *México a través de los siglos*, obra que editó en su momento, resultaba árida para el gran público.¹¹

¹¹ Rogelio Jiménez, “Historia y Literatura en Su alteza serenísima de Victoriano Salado Álvarez”, pp. 74-76.

La edición original de las novelas históricas de Salado consta de dos series. La primera intitulada *De Santa Anna a la Reforma* se dividía en tres volúmenes que relataban los sucesos ocurridos entre 1851 y 1861. La segunda, *De la Intervención al Imperio*, se conformaba de cuatro volúmenes que narraban los eventos transcurridos entre 1862 y 1867. La segunda serie era la única que llevaba como título general *Episodios Nacionales Mexicanos*, nombre que se extenderá a las dos series en la reedición de 1945.¹² La intención de Salado al escribir los *Episodios Nacionales* era hacer un ejercicio de restrospección del pasado, mismo que funcionaba como un espejo del presente, es decir, los lectores debían sacar lecciones de lo que leían para darse cuenta del progreso al que había llegado el país. Al igual que sus contemporáneos, Salado se dedicó a exaltar los avances que el país había logrado durante el régimen porfiriano, lo que coincidía con los presupuestos de la historia positivista que identificaba al Porfiriato con la era positiva de México. Las narraciones históricas de Salado cierran el ciclo de novelas de tipo monumental, novelas que como las de Olavarría y Ferrari, Ireneo Paz y Heriberto Frías integraban los principales sucesos del país en una visión de conjunto. La aparición de historias literarias nacionales de largo aliento se explicaba por una doble situación: se buscaba legitimar las creencias ideológicas del grupo dominante y las narraciones se convertían en un tipo de “monumentos discursivos” que reforzaban la idea de la unidad nacional. Al igual que la obra de Mateos, Salado dividió su novela en dos partes: la salida de Juárez de la Ciudad de México hasta su llegada a Paso del Norte y el Imperio de Maximiliano.

Es de interés destacar que en esta novela, Salado utilizó una estrategia narrativa diferenciada para cada una de las partes. La primera tenía la forma de novela, mientras que en la segunda se presenta la historia a manera de diálogo, es decir, se simulaba una obra de teatro. A diferencia de su antecesor,

¹² Rogelio Jiménez, *op. cit.*, pp. 83-84; Alberto Vital, “Victoriano Salado Álvarez”, p. 519.

Salado logró establecer un diálogo más estrecho entre la parte histórica y la literaria, de tal manera que la primera no servía de un telón de fondo sino que se integraba a las acciones en las que intervenían los personajes ficticiales, estrategia propia de las novelas de tendencia realista.

La trama literaria

Al igual que en la anterior novela, Salado iniciaba su historia con la salida de Juárez de la Ciudad de México. Su explicación apelaba a razones materiales (falta de armamento, fortificaciones inconclusas, carencia de parque) y estratégicas, pues el “poder superior de la nación” debía trasladarse a una ciudad que ofreciera mejores condiciones, acción que se justificaba legalmente y que se realizaba a “la luz de todo el mundo”. Los protagonistas de esta historia eran José Brambila y Cristina Martínez, dos personajes que, a diferencia de la novela de Mateos, no se caracterizaban por sus buenas cualidades morales. Este hombre nació en Guadalajara y se trasladó a la capital del país, debido a que se enamoró de una mujer llamada María. El desdén de la amada provocó que perdiera sus valores morales, motivo por el que se convirtió en un mujeriego que “no veía mujer casada, soltera o viuda a quien no persiguiera con sus insinuaciones amorosas [...] Casadas, viudas, niñas, viejas, pobres, ricas, descreídas, beatas y hasta monjas eran los manjares que constantemente engullía”. En contraste, Cristina era hija de una “tarasca abominable” por lo “mala” y lo “fea” que era. Ella no heredó ninguno de los vicios de su madre, pues se le describía “recatada, dulce, elegante, de lindas facciones, bien criada y, en una palabra, fina con finura no prestada ni aprendida”. Sin embargo, estas virtudes serían utilizadas por su madre para venderla al mejor postor, el cual resultó ser el general conservador Santiago Blanco, quien la tomó como su amante. José conoció a Cristina en la calle y la robó del lugar en la que Blanco la ocultaba, motivo por el que

este personaje juró vengarse de José y encerrarlo en la cárcel en cuanto llegaran los franceses.

Ante este panorama, José le pidió a Guillermo Prieto, quien fungía como administrador de correos, que lo integrara a la dependencia, solicitud a la que accedió el poeta debido al pasado liberal del padre de Brambila. Salado mostraba que muchos pobladores estaban convencidos de salir de la capital, pues no querían “ver las cochinadas de los malditos traidores” y esperaban con ansia el regreso para cargar los faroles con “cuerpos de sinvergüenzas”, situación contraria a la del interior del país, en donde “están los leales, los patriotas, los honrados”. Como José se convirtió en un personaje clave de la historia, no debe extrañar que fuera testigo de ciertos eventos claves como la ruptura entre Benito Juárez y Manuel Doblado, y la de Juárez y Santiago Vidaurri. También tenía una gran cercanía con hombres como Guillermo Prieto, José María Iglesias, Sebastián Lerdo de Tejada, Manuel María de Zamacona y el mismo presidente, hombres a los que servía en calidad de escribiente. Esta estrategia permitió que Salado introdujera cierto tipo de conversaciones que resultaban fundamentales para el desarrollo de la trama histórica y literaria. Para ponerle un sabor picante a la historia, María apareció entre los migrantes de la capital. Aunque ella estaba casada con un hombre mayor, ello no fue un impedimento para que tuvieran encuentros furtivos y gracias a este vínculo, José logró conocer a Vidaurri y su opinión sobre el gobierno errante, mismo que, desde su perspectiva, constituía una “pecha de malosos que da horror”, una “palomilla” y unos “hambreados” que podían arruinar el orden y la paz que había logrado construir. La animadversión del norteño se enfocaba principalmente en Sebastián Lerdo, a quien consideraba un simple “tinterillo”.

José creía que Vidaurri había desconocido al gobierno juarista, debido a que estaba mal aconsejado, aunque también reconocía que era “un tinterillo, un huizachero, un coyote” con la habilidad de “enredar una cuestión”, “retardar una res-

puesta” y “contar una mentira”. La descripción de la travesía por el desierto ocupará la mayor parte de la atención del autor, quien decía que había sido una empresa formidable en virtud de que éste era “altivo, temeroso, inatacable, fortificado” en virtud de que todo estaba “tan pelado, tan estéril, tan triste, tan solo, que infunde pavor al más valiente”. Indicaba que el tránsito por el desierto resultó penoso como consecuencia de una mala planificación, lo cual ocasionó que se careciera de alimentos y de aditamentos para descansar. A lo largo del trayecto de Monterrey a Chihuahua, se produjeron numerosas defecciones, tanto de militares como de civiles, provocadas por la carencia de fondos y la desazón que privaba entre los partidarios de la República, desazón que llegó al extremo de que se fraguara una rebelión que fue frustrada por Prieto. El sentimiento de desesperanza que privaba en el campo republicano sería expresado por el esposo de María, quien atribuía la culpa a Juárez pues “no hace nada, no se mueve, no arregla cosas, no tiene cuenta con la situación” debido a que estaba “encastillado en su legalidad”, motivo por el que creía que la separación era la mejor estrategia pues “los republicanos decentes, los que tenemos algo que defender” emprenderían la tarea de “salvar al país queriéndolo Juárez y no queriéndolo”. Aunque la situación se tornaba de suyo complicada, José tenía confianza en que se lograría la victoria, debido a que se contaba con el apoyo de los “templadísimos chihuahuenses” que les habían devuelto la alegría y les habían demostrado que no se debía “desesperar de la lealtad mexicana”.

La cuestión de la sucesión presidencial ocasionaría la ruptura de relaciones entre José y Prieto, pues el poeta sostenía que se había perpetrado un golpe de Estado, pero el primero respondió que el asunto no era para espantarse ni aturullarse, debido a que no se podía seguir los mandatos de la Constitución cuando se tenía a “los franceses en las narices” y agregaba que no se podía pedir que se hicieran elecciones para elegir presidente, pues se corría el riesgo de que se llegara a una situa-

ción en la que “unos peleando y entrándole a los mates, otros dándole al basto e instalando mesas y embelecos, y otros, los franceses, viendo a ver cómo les da la puntilla a todos”. Tras la ruptura con Prieto, José sería nombrado escribiente del presidente, además de que recibió la promesa de obtener un trabajo que sería acorde a las expectativas de uno de los “leales servidores de la patria”. La trama literaria concluía con un abrazo entre Cristina y José, mismo que, a decir del autor, simbolizaba la “vida sencilla, recatada y laboriosa”. Ellos observaban, a su vez, a su hijo Ignacio que representaba “el porvenir claro y bello —el porvenir por la instrucción, por el trabajo y por la verdad”. Así, en esta familia se fincarían las bases del futuro de México, un futuro sustentado en el trabajo, la instrucción y el cumplimiento de las normas sociales.

La trama histórica

A diferencia de Mateos, Salado realizó un recuento pormenorizado de la emigración de la “nueva familia enferma” al norte del país. Explicaba que la elección de San Luis Potosí, como primer punto del recorrido, se debía a que el estado se había destacado por “su patriotismo, por su lealtad y por su amor a los buenos principios”, actitud que había encontrado en otras ciudades del país en donde siempre se mostró algarabía por el arribo de Juárez. La organización de recepciones, bailes y festejos daban cuenta de la acogida que se le prodigaba a un personaje que representaba la legalidad. La amplia descripción de lo acontecido en Monterrey, Saltillo, Chihuahua y Paso del Norte mostraba que Salado se nutrió de diversas fuentes, tanto documentales como testimoniales, lo cual le permitió integrar detalles como las tertulias que Prieto e Iglesias tenían en una farmacia de Monterrey o los recorridos a pie que Juárez realizaba en las afueras de Paso del Norte para perder el tiempo. A Juárez, por cierto, lo acusaba de ser un terco y, en cierta forma, criticó su decisión de instalarse en el norte, pero también reco-

noció que la resistencia republicana habría fenecido si alguien más hubiera tomado en sus manos la defensa del país, pues, según él, el “polvo que levantaban los pies de los fugitivos” podía haber apagado “el último rayo de esperanza”, pero ello no sucedió porque los juaristas “seguían su camino, seguros de que no podía ser eterno el triunfo de la iniquidad sobre el derecho”. Salado mostraba a Juárez como un hombre que arriesgaba su vida en aras de preservar a la República, razón por la que no debe extrañar que lo considerara un héroe de la antigüedad, un héroe que no huía ante el peligro, como se observó en diversas ocasiones que buscó la preservación de la integridad de sus acompañantes.

Ante el posible ataque de los franceses a Paso del Norte, el presidente, en un acto de paroxismo, manifestó que en caso de que las tropas republicanas fueran aniquiladas, estaba dispuesto a envolverse en la “bandera de la patria” para arrojarse en el “barranco más hondo, en el desfiladero más abrupto”, a fin de morir como “el jefe de una nación heroica y desgraciada”. Para el escritor, el asunto del golpe de Estado se debía considerar como la decisión de un hombre que estaba seguro de sus acciones y si no cedió el poder, se debió a que consideraba que González Ortega se había rendido, tal como lo hicieron algunos de sus “amigos queridos”, ante “los halagos del dinero o ante las expectativas de la miseria o ante los espejismos de una mentida legalidad”. El golpe de Estado, en todo caso, no le restaba méritos a un personaje que era “gigantesco, impenetrable, ajeno a pasioncillas y apetitos”. En Juárez se podía encontrar lo permanente, mientras que todo lo que lo rodeaba era “lo mudable, lo contingente y lo percedero”. Así, Salado concluía que la figura del Benemérito perduraría por la eternidad. De esta forma, el escritor jalisciense buscó ensalzar a Juárez y trató de que sus lectores se dieran cuenta que sin la persistencia del oaxaqueño, se habría perdido irremediablemente la República. Con ello, Salado se unió a los escritores que construyeron el imaginario mítico de Juárez.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Aunque las dos novelas analizadas no tienen una alta calidad narrativa, resultan de particular importancia en virtud de que buscaban cumplir con un objetivo: enaltecer las acciones que permitieron la caída del Imperio de Maximiliano. Es de destacar que cada uno de los novelistas eligió a distintos héroes: Mateos buscó encumbrar a los militares, en tanto que Salado otorgaría ese papel al Juárez peregrino. No obstante, los dos buscaban un mismo objetivo: incentivar el nacionalismo a partir de la narración de los principales hechos de la llamada “segunda guerra de independencia”. Aunque las novelas de Salado han recibido un mayor reconocimiento que las de Mateos, lo cierto es que el último aprovechó el momento para comenzar a fincar una versión de la historia que evidenciaba al liberalismo como la esencia de la nación, motivo por el que buscó ridiculizar a sus enemigos políticos, encarnados en Canuta y Modesto Fajardo, quienes representaban las reminiscencias del pensamiento retrógrado que acabó con la derrota de Maximiliano. La cercanía de los hechos ocasionó que el autor se cuidara de tildar a los conservadores de “traidores”. Por el contrario, buscó mostrarlos como unos individuos que habían elegido un camino político equivocado. Aunque la novela de Mateos tiene una estructura narrativa sencilla, no se puede pasar por alto que tiene la virtud de haber sido una de las primeras narraciones que trataron de explicar el pasado inmediato y de justificar las razones que llevaron al fusilamiento del emperador austriaco. Al igual que Vicente Riva Palacio, en su novela *Calvario y Tabor*, Mateos buscaba mostrar que en los militares se podía encontrar a los artífices de la victoria, aunque no por ello negó el papel de Juárez como defensor del principio republicano.

Esta visión se modificaría en la novela de Salado, quien trató de mostrar que Juárez había sido el verdadero héroe de la gesta. La construcción narrativa de la novela saladiana tiende mayores vínculos entre la historia y la literatura, pero la par-

ticipación de los personajes, tanto históricos como ficcionales, se pierde entre todos los detalles que se presentan. Es probable que por ser la novela con la que cerraba su historia monumental, no haya puesto demasiada atención en las características de cada uno de los protagonistas. Por ejemplo, María apareció como la mujer de la que José se enamoró en Guadalajara pero sin que le otorgara, en ese momento, mayor participación. Ella después reapareció en la Ciudad de México como esposa de un beneficiado de la “desamortización” y de buenas a primeras se integró al contingente que iba al norte. María inició una relación amorosa con José, al final de la novela desapareció sin mayor justificación. Esta misma situación se repite en otros personajes que son centrales en la trama, tal como se puede constatar en el caso de la protagonista Cristina. Aunque el escritor jalisciense buscaba mostrar la importancia de la gesta liberal, no tuvo mayor empacho en tildar a los conservadores de ser los “malos” y hasta uno de sus personajes aseveraba la necesidad de que recibieran un castigo mayor. La inclusión de este tipo de opiniones revelaba que los tiempos habían cambiado y no había ningún inconveniente en acusar a los conservadores de ser causantes de la Intervención Francesa.

Es de advertir que Salado publicó su texto en el momento en que comenzaban los trabajos para celebrar el centenario del natalicio del oaxaqueño, festejo que se vio empañado por la publicación de *El Verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, libro escrito por el ingeniero Francisco Bulnes en 1904 y que desataría una gran polémica en la que Salado se vería involucrado, pues formó parte del grupo de escritores que buscaron refutar al ingeniero en una obra colectiva, misma que no se logró publicar pero que permitió conocer su opinión sobre el 5 de mayo de 1862 y el sitio de Puebla en el texto *Refutación de algunos errores del Sr. Don Francisco Bulnes. El papel de Juárez en la defensa de Puebla y en el sitio de 1863*, mismo en el que vindica su papel como máximo dirigente de la guerra y en el que los militares fun-

gían como sus subordinados. Así, *La Intervención y el Imperio* constituía una continuación del debate emprendido dos años atrás y en el que Salado buscó mostrar, de manera más serena, a un Juárez que enfrentaba una situación complicada y cuya terquedad resultaría fundamental para sostener a las instituciones republicanas.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliográficas

- ALEGRÍA, Margarita, “El florecimiento de las letras y la consolidación nacional: Del movimiento literario en México de Pedro Santacilia”, en Jorge Ruedas (coord.), *Historiografía de la literatura mexicana. Ensayos y comentarios*, México, UNAM, 1996, pp. 69-86.
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, *Escritos de literatura y arte*, vol. XII, t. I, México, SEP (Obras Completas), 1988.
- BARRAGÁN, José, “Estudio”, en Juan A. Mateos, *Periodista liberal*, México, Departamento del Distrito Federal, 1983, pp. 7-39.
- BRUSHWOOD, John, *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, México, FCE (Breviarios, 230), 1973.
- CARBALLO, Emmanuel, *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*, México, Universidad de Guadalajara/Xalli, 1991.
- CLARK, Belem y Elisa Speckman (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Galería de escritores*, vol. III, México, UNAM, 2005.
- CORTÁZAR, Alejandro, *Reforma: novela y nación. México en el siglo XIX*, México, BUAP, 2006.
- DÍAZ, Clementina, “Prólogo”, en Juan A. Mateos, *El Cerro de las Campanas. Memorias de un guerrillero*, México, Porrúa (Sepan cuántos, 193), 1971, pp. X-LXXXVII.
- GONZÁLEZ, Beatriz, *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, Madrid, Iberoamericana/Vervuet, 2002.
- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos, *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*, México, Cultura, 1928.

- HERNÁNDEZ, Rosaura, “Ignacio Manuel Altamirano, crítico literario”, en Jorge Ruedas (coord.), *Historiografía de la literatura mexicana. Ensayos y comentarios*, México, UNAM, 1996, pp. 89-106.
- IGLESIAS, José María, *Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa en México*, México, Porrúa (Sepan cuántos, 47), 1972.
- JIMÉNEZ, Rogelio, “Historia y Literatura en Su alteza serenísima de Victoriano Salado Álvarez”, en *Takwá 11-12*, primavera-otoño de 2007, pp. 73-104.
- Las glorias nacionales. Álbum de la guerra*, México, INAH, 2012.
- MATEOS, Juan A., *El Cerro de las Campanas. Memorias de un guerrillero*, México, Editorial Porrúa (Sepan cuántos, 193), 1971.
- PANI, Érika, *Una serie de admirables acontecimientos. México y el mundo en la época de la Reforma, 1848-1867*, México, BUAP/Educación y Cultura, 2013.
- RUEDAS, Jorge (coord.), *Historiografía de la literatura mexicana. Ensayos y comentarios*, México, UNAM, 1996.
- , “Presentación”, en Jorge Ruedas (coord.), *Historiografía de la literatura mexicana. Ensayos y comentarios*, México, UNAM, 1996, pp. 7-22.
- SALADO, Victoriano, *Episodios Nacionales Mexicanos. Segunda Parte. La Intervención y el Imperio*, t. VII, México, FCE, 1986.
- SEFCHOVICH, Sara, *México: país de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*, México, Grijalbo (Enlace, Cultura y Sociedad), 1987.
- SOLÓRZANO, María Teresa, “Juan Antonio Mateos”, en Belem Clark y Elisa Speckman (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Galería de escritores*, vol. III, México, UNAM, 2005, pp. 333-341.
- VITAL, Alberto, “Victoriano Salado Álvarez”, en Belem Clark y Elisa Speckman (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Galería de escritores*, vol. III, México, UNAM, 2005, pp. 507-520.

